

Hijos del Pasado

Mientras por un lado demostramos excesiva prisa para acabar con ciertos usos y cosas que en el tiempo nos vienen de muy lejos, las lamentaciones, en cambio, se profundizan y suceden cada vez que, pagando anteriores olvidos, o simplemente por ley de vida, nos vemos obligados a modificar algún sector del panorama urbano. Y, ni decir cabe que la lamentación sube de tono, en cuantos casos la mejora supone la tala de alguna planta.

Estas quejas, en verdad, dicen mucho en favor de quienes las profieren. Demostramos no ser insensibles al pasado, como así corresponde a quienes del mismo resultan ser sus herederos y continuadores. Y, de otra parte, al ratificar nuestro cariño y amistad hacia los árboles y las plantas, ratificamos la hidalga soleira que atesoran los pueblos bien formados y los individuos bien nacidos.

Ahora bien. Salvado este principio que los guixolenses consideramos indeclinable, nuestro deber consiste igualmente en hacernos cargo de los casos en que la continuidad o la tradición no son ya posibles. Y es que los tiempos no solo crean nuevas necesidades sino que la tradición no consiste en velar difuntos, conservar cosas sin sentido o espectros sin alma, sino en hacer lo que el pasado hubiera hecho en el presente. Y, sobre todo plantemos árboles, muchos árboles, porque por desgracia ya son muchos los que el tiempo se nos lleva y a veces incluso a nosotros nos toca la triste suerte de tenerlos que abatir.

SAN FELIU  
DE GUIXOLS  
29 MARZO 1956

# Ómnico

## JUEVES SANTO

por L. d'Andraitx

Todo está preparado en el cenáculo, aparejada la pascua, aderezada la estancia. «Y como fué hora, sentóse Jesús a la mesa, y con él los apóstoles».

Profecía y cumplimiento, estrechamente enlazados, rimaban el Nuevo Testamento, la Nueva Doctrina de Amor. Y el pan y el vino, a la palabra del Verbo, trocáronse en Sagrado Legado, en Pan y Vino de salud, de eterna salvación.

Mas en el corazón de los apóstoles, no pudo encontrar Jesús la compañía de la comprensión, el aliento que reclamaba su Humana Naturaleza, porque en ellos sólo anidaba espanto y asombro. Espanto y asombro que traducían en réplicas y preguntas. Acaso presintieron la trascendencia y el significado de cada palabra, de cada gesto del Maestro, pero lejos, al mismo tiempo, de aquellas, porque entender no podían. No podían comprender. Preguntaban.

Sólo dos de los apóstoles estuvieron fuera del alcance de toda pregunta. Judas y Juan.

Judas, ajeno a todo, fuera del ámbito de emoción y misterio de la Sagrada Cena, porque el peso de treinta monedas, inmensurable lastre, le impedía todo vuelo. Para Judas, sólo contaba la arena de los relojes, el río de cuarzo que corría desbocado hacia el negro mar de las cumplidas traiciones. Y el Iscariote sentía agostarse el río en su pecho, en avideces de la última gota, del peso del último cristal. El borboteo de la arena en sus venas, ahogaba incluso el latir de su propio corazón. Judas, tiempo finito, reloj, intervalo; instrumento. Ajeno a todo, salvo al correr del tiempo, Judas no estaba allí.

Juan, reclinada su cabeza en el pecho de Jesús, con la clarividencia de un santo amor, en su pura aceptación de la sencillez de cada instante, no hubiese sabido inquietarse con las preguntas que los demás se formulaban. Quizá la única que pudo turbarle fuera la razón que había movido a uno de los doce a concertar la venta de su Maestro.

Para su corazón amante, sólo la venta le resultaba incomprensible, todo lo demás era pura lógica. Vivió la pascua sin asombro, sin sorpresa, sin temor, apoyada su mejilla en las suavidades de la túnica del Señor. Para Juan no había tiempo, cada minuto le era

«En gran manera he deseado comer con vosotros esta pascua, antes que padezca.» (S. L. 22 - 15).

eterno, reñido y ajeno a los relojes.

Judas y Juan, polos opuestos, vivieron la Santa Cena ausentes. Ausente, en lejanías, Judas. Ausente Juan, en exceso de proximidades, sin perspectiva posible, amparado en el corazón del corazón de su Maestro.

Los discípulos restantes, — presentes por su desatinada discusión del presente —, en el vano intento de traducir trascendencias en lenguaje anecdótico, no superando la intrínseca realidad de unos hechos, no cejaban en sus preguntas.

Pedro: « ¡No me lavarás los pies, jamás! »

Tomás: « Señor, no sabemos a donde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? »

Felipe: « ¡Muéstranos al Padre, y nos bastará! »

¿Qué es esto — dijeron algunos — aun un poquito me veréis, y después ya no me veréis . . . ?

¡Cuántas preguntas, Señor, de los que más cerca de tí estuvieron . . . !

Son las preguntas las únicas razones de los misterios. Misterios, transparencias para San Juan, el único que vivió la última Pascua como la deseaba Jesús. Expectante, dilatada, sin pasado y sin futuro, eterna. Eterna como el puro presente del Pan, espera y esperanza de amores, alojado en cada Sagrario, legado y promesa de Redención, redivivo Jueves Santo.

### Reportajes del día

La pluma de nuestro Director inaugura la próxima semana una nueva sección bajo el título que encabeza estas líneas. El tema que aborda en este estudio — primero de una serie que luego, periódicamente, irán apareciendo — no puede ser más sugestivo ni prometedor. a juzgar al menos por el título que así reza:

#### UNA ESTACION LLAMADA CALDAS DE MALAVELLA

Este reportaje viene descrito con toda la agudeza periodística que caracteriza a su autor, y estrechamente unido a la experiencia y conocimientos turísticos que su firmante posee en la materia que, el próximo jueves, abre nueva sección en estas columnas.